

MÁS QUE SUFICIENTE

La considerable fortuna de Harold Hart, producto de acertados negocios y de múltiples herencias aumentaba sin cesar como el caudal de un río montañoso en épocas de deshielo o como esas plagas vegetales que se propagan velozmente sin que nada las detenga. Ni él mismo sospechaba a cuánto ascendían sus bienes y no es seguro de que aun en pleno auge de la cibernética hubiera podido averiguarlo con facilidad ya que el constante movimiento de su inmenso capital, sabiamente invertido en estudiadas operaciones, hubiera vuelto la tarea, sino imposible, sumamente compleja.

Esa fortuna, por otra parte era ya cuantiosa cuando cumplió la mayoría de edad. En ese entonces su padre lo había iniciado en los secretos de las finanzas y él, que no tenía más que un flamante diploma y la mayor parte de las inexperiencias, aprendió pronto a seguir el hilo de Ariadna en los laberintos del mundo empresario. De modo que, cuando años después, se anunció en las necrológicas de todos los diarios el lamentado fallecimiento del ingeniero Jeremy Hart, de cuyas encomiables virtudes se hacía una reseña quizá algo exagerada, su único sucesor había ya adquirido la habilidad necesaria para afrontar el intrincado manejo de sus intereses.

Paralelamente a una afiebrada actividad, el joven empresario se gratificaba con todos los placeres que el dinero proporciona; en la céntrica casona donde vivía, así como en sus residencias secundarias atesoraba obras de arte de gran valor y sus variadas colecciones se multiplicaban sin cesar.

Alternaba los negocios con los viajes de placer y con la búsqueda de una felicidad siempre evasiva. Sедiento de aventuras y de nuevas experiencias nada parecía bastarle y a menudo terminaba decepcionándose de situaciones que en un primer momento lo habían atraído por lo fascinantes así como de personas a las que después de tratar por breve tiempo, rechazaba sin razón aparente.

Esta contradictoria manera de ser desorientaba a quienes lo rodeaban y Harold Hart continuaba llevando una vida tan dispendiosa como vacía hasta que en un viaje que hizo a la India, más precisamente al Nepal, le tocó protagonizar un episodio cuyas consecuencias gravitarían para siempre en su futuro.

Atraído por la magia de los monasterios y el magnetismo de disciplinas distintas a las que conocía, decidió dedicar unos días a un retiro espiritual entre los lamas, intento que por lo exótico lo colmaba de expectativas. Inició su peregrinación dirigiéndose al norte, hacia esas tierras ubicadas en la vertiente meridional de la cadena del Himalaya. Su meta era ascender a los valles de la cordillera desde donde es posible contemplar el Everest. Le habían dicho que encontraría allí un paisaje incomparable y respuestas que no siempre, en su confuso mundo cotidiano los hombres pueden hallar.

Comenzó el ascenso al amanecer, se detuvo cuantas veces lo vencía el cansancio y a la caída del sol llegó a una pequeña aldea. Agotado por la larga caminata y el aire puro de esas alturas, llamó a la puerta de una cabaña que se abrió hospitalaria; lo recibieron unos pastores que compartieron con él su magra cena y le ofrecieron un lecho para pasar la noche. Después de la comida ordenaron a su hijo, un chico de pocos años, que lo acompañara hasta que decidiera retirarse a descansar. El chico había estado observándolo desde su llegada con infantil curiosidad y ni bien se quedaron a solas quiso saber de dónde venía. Harold Hart mencionó entonces un país y sabiendo que con ello no significaba nada, tomó un papel de su mochila y trazó burdamente un mapa mientras decía que su casa quedaba muy lejos y que para llegar hasta allí había tenido que cruzar varios mares y recorrer grandes distancias.

El chico lo escuchó con atención y después de un breve silencio en el que pareció reflexionar, le preguntó muy serio:

-Y cuando viajas, ¿quién te cuida las ovejas?

La pregunta lo tomó de sorpresa y no supo qué contestar; finalmente, dijo:

-Cuando viajo, mi hijo me cuida las ovejas.

El niño sonrió y como si eso hubiera sido todo lo que le interesaba saber, le dio las buenas noches y se fue.

Entonces, sin saber por qué, Harold Hart recordó un aforismo de William Blake que nunca había entendido muy bien y que decía: "Nunca sabrás qué es suficiente hasta que no sepas qué es más que suficiente".

Ahora tenía muy en claro qué quería decir. Ahora había comprendido que más que suficiente podía ser esa humilde aldea perdida entre las nubes, la conmovedora sencillez de sus gentes y la importancia que un niño de corta edad otorgaba a aquello que para él representaba el más preciado de los bienes: apenas un puñado de ovejas.

Martha Fowler
2o. Año Letras

"Nadie puede ser un verdadero artista, si no consigue en un determinado momento liberarse de la mediocridad ambiental, de los entusiasmos a bajo precio, de las sugerencias maliciosas y de todos los aduladores influjos de la vanidad y de la ambición."

James Joyce